

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

12



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1971

campo ajeno y por eso terminaré repitiendo las preguntas que ya antes había hecho: ¿Hay verdadera relación entre estos fenómenos folklóricos o se trata simplemente de una curiosa y fortuita semejanza? ¿qué tan antiguo es el fenómeno folklórico registrado en el noreste de México? ¿Es exclusivo de la región en estudio en nuestro país y, por otra parte, pertenece realmente a una tradición típicamente sefardí o es general a la zona mediterránea? ¿Cuál es su grado de semejanza con el fenómeno sefardí? Para dar respuesta satisfactoria a estas y a otras muchas preguntas habría que realizar una amplia y profunda investigación que no se ha hecho hasta ahora.

BIBLIOGRAFÍA

- ALESSIO ROBLES, VITO, "La judería de Monterrey" en *Bosquejos históricos*, México, 1938, pp. 94-107.
- ALVAR, MANUEL, *Poesía tradicional de los judíos españoles*, México, 1966.
- ASENSIO, EUGENIO, "La peculiaridad literaria de los conversos" en *Anuario de estudios medievales*, núm. 4, Barcelona, 1967, pp. 327-351.
- CARO BAROJA, JULIO, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, 1961, 3 vols.
- CARVAJAL EL MOZO, LUIS DE, "Autobiografía" en *Procesos*, etc., México, 1935.
- COSSÍO, DAVID ALBERTO, *Historia de Nuevo León*, Monterrey, 1924-1926, 6 vols.
- GALMÉS DE FUENTES, ALVARO y DIEGO CATALÁN MENÉNDEZ PIDAL, *Trabajos sobre el dominio románico leonés*, Madrid, 1957.
- GARCÍA, GENARO (ed.), *Autos de fe de la Inquisición de México con extractos de sus causas, 1646-1648*, México, 1910. (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, 28).
- GARCÍA DIEGO, VICENTE, *Manual de dialectología española*, Madrid, 1946.
- JIMÉNEZ RUEDA, JULIO, *Herejías y supersticiones en la Nueva España. (Los heterodoxos en México)*, México, 1946.
- LANDIS, CHARLES K., *Caravajal (sic), the Jew, a Legend of Monterrey, Mexico*, Vine-land, N. J., 1894.
- MOLHO, MICHAEL, *Usos y costumbres de los sefardíes de Salónica*, trad. del francés, F. Pérez Castro, Madrid, 1950.
- MONIN, JOSÉ, *Los judíos en la América Española, (1492-1810)*, Buenos Aires, 1939.
- ZAMORA VICENTE, ALONSO, *Dialectología española*, Madrid, 1960.

JUAN IGNACIO RAMÓN GENERAL NUEVOLEONÉS DE LA INSURGENCIA

ERNESTO ZERTUCHE
Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

AMABLE LECTOR: antes de abordar nuestro tema y para irnos situando en la época a que voy a referirme, permítaseme relatar valiéndome de don Luis Castillo Ledón, una curiosa coincidencia que no todos conocen, relacionada con los principales actores de la Revolución de Independencia:

El 9 de octubre de 1800, siendo don Miguel Hidalgo y Costilla cura párroco de San Felipe, Gto., es invitado para que vaya a San Luis Potosí a la bendición del Santuario de Guadalupe, acabado de construir, y cante en él la primera misa. No era la primera vez que se le distinguía de este modo: poco antes, los padres filipenses de Querétaro lo habían invitado a la inauguración de una capilla, para que oficiara y pronunciara en ella el primer sermón. Había sido rector y maestro durante muchos años del Colegio de San Nicolás en Valladolid, uno de los mejores planteles de enseñanza superior en la Nueva España; habían pasado por sus manos varias generaciones de sacerdotes y su fama de sabio y orador elocuente se extendía por todas partes. (Todavía luce en la fachada del Santuario de San Luis una amplia placa de mármol de Carrara, con la inscripción que recuerda el haber sido inaugurado aquel templo por el Padre de la Patria).

Se tiene dispuesto un vasto programa de fiestas religiosas y profanas que durará varios días, para mayor solemnidad de la consagración y, a la vez, con el propósito de recaudar fondos destinados a la terminación del Santuario. Inicianse las fiestas con una corrida de toros a la que asisten ocupando el palco de honor: el intendente de la Provincia, el jefe de las armas que lo era el Tte. Coronel don Félix María Calleja del Rey; el Cura don Miguel Hidalgo, huésped de honor, y otras personas importantes del lugar. Se da la señal para que empiece la lidia, y, por primera vez en San

Luis —lo que causa sensación—, “se hace un despejo” por tropas del Ejército. Era éste un atractivo más del espectáculo y consistía en una serie de maniobras de conjunto, de gran lucimiento cuando se ejecutaban con precisión y marcialidad. Esta vez ejecuta la maniobra irrepudablemente la Primera Compañía del Regimiento de la Reina, al mando de un apuesto teniente de dragones llamado Ignacio Allende, joven impetuoso, atlético, marcial y hábil jinete que allí mismo jinetea un toro bravo. Travesuras de éstas le ocasionaron una ligera desviación de la nariz que marcó su fisonomía para toda la vida. Así, por primera vez hállanse reunidos don Miguel Hidalgo, don Félix María Calleja y don Ignacio Allende, tres nombres célebres que habrían de barajarse diez años después en un póker de tragedia.

I

Debo anticipar que con la presente exposición no pretendo enriquecer la historia de Nuevo León con datos inéditos. Son muy escasos los que he podido recoger acerca de don Juan Ignacio Ramón de Burgos, personaje del que generalmente se sabe poco o nada, cuyo nombre lleva una calle de Monterrey y otra de Lampazos, y en cuyo honor y el de su hermano don Buenaventura se bautizó con el nombre de Villa de los Ramón a un municipio de nuestro Estado. Hurgando afanosamente en los archivos de la Parroquia y del Ayuntamiento de Lampazos, de donde se le supone originario, encontré noticia de muchas personas de apellido Ramón desde 1725 (don Miguel, doña Ignacia, don Ignacio...), todos ellos clasificados como “españoles de esta villa”, seguramente criollos porque otros están como “mestizos”, “tresalbos”, “indios” o “mulatos”. Claro que no apareciendo constancias fehacientes, no sabemos nada cierto acerca del origen de don Juan Ignacio, sino la sola presunción de que existiendo en Lampazos varias familias de ese apellido desde veinte años antes de su aparición en escena, él mismo haya pertenecido a alguna de ellas. Aunque, en rigor, no tiene importancia el hecho accidental de que una persona haya nacido en determinado punto, llámese Corralejo, Guelatao o San Francisco de Apodaca; como tampoco lo tiene el color de su piel, su modo de caminar o el perfil de su nariz. Lo que importa a la historia es la huella, buena o mala que a su paso deja por el mundo. Lo reclamamos los lampacenses porque ahí vivió los mejores veinte años de su vida ejerciendo autoridad y, por supuesto, influyendo fuertemente en la fisonomía social de nuestro pueblo. Sólo se sabe de buena fuente, que nuestro héroe vino al mundo en 1753, el mismo año en que hizo lo

propio don Miguel Hidalgo. Ambos, pues, andaban por los 57 —no jóvenes, pero tampoco ancianos— cuando fueron fusilados en Chihuahua.

Don Juan Ignacio asomó por primera vez a nuestros registros parroquiales en 1789 apadrinando un bautizo acompañado de su esposa, doña Josefa de la Garza. Y en junio del año siguiente es bautizada una hijita de ambos; pero había servido como soldado de la Compañía Presidial de la Bavaria desde el 30 de abril de 1774, ascendido a sargento el 29 de junio de 1779 y en 1783 a alférez de la Compañía de Saltillo. El 2 de junio de 1784 es ascendido a teniente y sirve en las Compañías Primera y Segunda Volantes del Nuevo Reino de León. Participa en seis campañas generales contra los indios y es herido en tres ocasiones. El 91 obtiene el grado de primer teniente, el 92 el de Comandante de la Compañía de Lampazos y el 97 se le nombra, además, “Teniente de Gobernador Subdelegado en la Punta de los Lampazos, real de la Iguana y su jurisdicción”. (Papeles de la Iguana en el Archivo General del Estado de N. León).¹ Su hoja de servicios consigna “valor acreditado, capacidad regular, buena conducta y esmero en los asuntos que se ponen a su cuidado”.

Este último puesto que, como se comprende, significa mando político y militar, lo desempeñó don Juan Ignacio hasta 1810 en que por órdenes de Calleja reúne parte de la Compañía Veterana de Lampazos, alista otras fuerzas y pasa a Monterrey como segundo comandante de las armas de la provincia (el primero era el gobernador). Veinte años sin más interrupciones que las cortas ausencias a que se veía obligado para salir en persecución de los indios que asolaban las rancherías y amagaban poblaciones; o para custodiar las remesas de plata que todavía en ese tiempo prodigaba la mina de la Iguana. Remesas que era preciso conducir a lomo de mula por Vallecillo, Sabinas, Monterrey y Saltillo hasta Matehuala, donde estaba la casa de moneda más cercana.

Lampazos era entonces una punta de lanza de la civilización en la frontera, “tierra de guerra” se le llamaba. No la frontera con el exterior porque más al norte se hallaban todavía las provincias de Nuevo Santander (hoy Tamaulipas) y la de Texas con sus llanuras inmensas; sino la frontera con “tierra de indios” y lugar de paso de éstos en sus incursiones al interior del país. Numerosas tribus o “naciones de indios salvajes”, nómadas, rebeldes a toda disciplina e impermeables al Evangelio y al Silabario, a quienes era preciso tener a raya. Y para proteger aquel frente de “los insultos de los bárbaros”, como entonces se decía, el gobierno colonial procuraba mantener siempre una guarnición competente en la Villa de la Punta de Lampazos —llamada así porque el poblado se reclinaba sobre la falda del cerro de Lam-

¹ Información proporcionada por el Sr. Profr. Israel Cavazos Garza.

pazos, precisamente donde éste viene a morir en forma de punta—. Era de ley y de costumbre que los habitantes hábiles para combatir se presentaran montados y armados, al toque de alarma. En el patio de cada casa había un caballo dispuesto y detrás de cada puerta una carabina o una lanza. Reminiscencia que quizá explique por qué de Lampazos pudo salir andando el tiempo, contingente generoso de hombres avezados a las fatigas y a los rigores de la guerra, en las diversas turbulencias de la romántica vida de México.

¡Los indios! ¡Los indios! Estas dos palabras que nada dicen a las generaciones de hoy, eran entonces voz de alarma, toque de rebato, llamada angustiosa y grito de espanto de las familias amenazadas de pillaje, de tormentos y de muerte. Cuando los españoles de la conquista pisaron tierras de América, las hallaron ocupadas por aborígenes que poseían una civilización más o menos cruda, pero civilización en algún aspecto más avanzada que la del viejo mundo. Había organización política y religiosa, se cultivaba la tierra y se explotaban las minas; había, en suma, hábitos de orden y de trabajo. Pero eso era en el centro y sur del país, así como en sus costas orientales. Y si fue posible a un puñado de españoles someterlos, se debió al genio y al arrojo de Cortés, a la alianza generosa y leal de Tlaxcala y al fanático y absurdo pavor que convirtió en un miserable al valeroso Moctezuma. Y la Colonia fue a su vez posible, porque los pueblos se resignaron y sometieron incomprensible y fatalmente. Los indios de estas tierras nortañas, en cambio, no se sometían, eran bárbaros, literalmente bárbaros. Ya lo decía don Alonso de León a mediados del siglo XVII: "Todas las naciones, así del viejo mundo como del nuevo mundo, por bárbaros que hayan sido han llegado a tener dioses a quienes adorar, reverenciar (y temer); no las que han habitado y al presente habitan este Nuevo Reino de León. Aquí sólo el hombre, dejando la naturaleza, se ha convertido en fiera... es cruel, naturalmente feroz y vengativo... enemigo de todo lo creado..." Y lo eran hasta entre ellos mismos: abandonaban a sus más cercanos parientes cuando éstos enfermaban o envejecían, y practicaban el canibalismo. "No cultivan ni siembran —sigue diciendo don Alonso—, viven en la ociosidad... de modo que como se alimentan de frutos silvestres, engordan cuando éstos abundan y andan flacos y agalgados en invierno". Todavía un siglo después se consigna que "no tenían templos, ni ídolos y que sólo algunas tribus tenían una idea confusa de Dios, a quien llamaban 'Capitán Grande'. Y otras adoraban al sol, de lo que nos queda vivo recuerdo —dice el Dr. Gonzalitos— en el escudo de armas de la ciudad de Monterrey". Lo cual, inferimos, acusa indudable evolución mental: ya no comerían gente como en los tiempos de don Alonso de León; pero todavía en 1815 el gobernador don Joaquín Arredondo pedía ayuda a los habitantes de la provincia... "para auxiliar a

las tropas de la frontera, que persiguen a los bárbaros que en grandes gavillas se arrojan sobre ranchos y haciendas, destruyendo los bienes de campo y matando a cuantos encuentran o llevándose los para martirizarlos". Más tarde don Juan Zuazua aprendió desde muy joven el oficio de soldado luchando rudamente con los indios hasta casi exterminarlos, y al Gral. don Francisco Naranjo le tocó al fin acabar con ellos y devolver la paz a los espíritus.

Pues bien, en la tarea penosa de contener esas hordas de salvajes para seguridad de la provincia, empleó don Juan Ignacio Ramón los mejores años de su vida. En eso, en administrar justicia como teniente de gobernador y también, como dejamos apuntado, en proteger como "capitán a guerra", las riquezas de la Iguana. Sabido es que la mina de la Iguana, el llamado "lagarto de plata" que dio nombre de Iguana al lomerío en que se hallaba —40 kilómetros al N-E de Lampazos—, fue descubierta en 1755 y se hallaba ya en bonanza el 57 con su yacimiento de plata nativa de tal pureza, que en 1795 informaba el gobernador Herrera y Leyva al intendente de San Luis Potosí, haber "tenido en sus manos una piedra de peso de una arroba y que al fundirla sólo mermó un marco (230 gramos). Quizá exageró un poco el señor Gobernador, dado lo rudimentario del sistema de hornos castellanos que entonces se usaba para el beneficio del mineral. Lo cierto es que la Iguana dio muchos millones y, naturalmente, congregó numerosa población en su real de San Antonio de la Iguana. El gobernador Santa María lo visitó varias veces en 1810. Se tenía allí una compañía volante dependiente de la de Lampazos, había un templo ricamente ataviado con plata maciza y existía una hermandad religiosa. Se sabe que los templos de Vallecillo, de San José de Sabinas y la capilla anexa a la catedral de Saltillo fueron construidos en todo o en parte con limosnas de la Iguana.

Y, naturalmente, el templo de Lampazos también participó de la bonanza. En efecto, en su visita pastoral de 1959, "Fray Francisco de San Buenaventura Martínez Texada, Obispo de Guadalajara, Nuevos Reynos de Galicia y de León, Provincia de Nayarit, California, Coahuila y Texas" (no más), deja testimonio de haber encontrado "en el bautisterio pila Bautismal, concha y chrisma de plata con sus bordes esculpidos... sagrario y llave y una lámpara del mismo metal en el altar". Y nuestros abuelos conocieron en el servicio de su templo: un frontal labrado, vinajeras, incensarios, candelabros, platos para la limosna y otros menesteres, todos de plata, más el pesado marco de lo mismo que encierra una bellísima imagen pintada al óleo de N. Sra. del Refugio, traída de España "por don Francisco Antonio de Estrada, Alcalde Mayor y Capp. a Guerra de San Antonio de la Iguana, donde yase... (1782)".

Las recuas que conducían esa riqueza en planchas o lingotes, eran objeto

de la codicia de los bandoleros, frecuentemente asaltadas y siempre defendidas por las compañías volantes que las custodiaban. En el Cañón de Arteaga exterminó don Juan Ignacio Ramón una gavilla de asaltantes obligando al capitán de ella a arrojarse al abismo.

Contemporáneo de don Juan Ignacio y colaborador suyo en el servicio de la Corona, fue don Juan de Zuazua, padre del aguerrido general del mismo nombre, ya citado. Llegó a Lampazos don Juan de Zuazua, español peninsular, a fines del siglo XVIII como administrador de correos y más tarde era encargado del estanco de tabacos y del papel sellado. En 1802, comisionado como perito en arquitectura por el señor Ramón, lo acompañó y auxilió en el reconocimiento y avalúo de los daños causados en el poblado por abundantes lluvias que estuvieron cayendo durante doce días consecutivos.

En estas y otras tareas pacíficas, alternadas con acciones de armas tan llenas de riesgos como escasas en gloria se ocupaba don Juan Ignacio cuando, en septiembre de 1810, llegó a estos lugares, como reguero de pólvora, la noticia del incendio que se originó en Dolores. Para la exposición que aquí haré de los hechos y sucesos en que tuvo alguna parte nuestro personaje, me valdré de los pocos autores que a él se refieren, muchas veces sin mencionarlos para no recargar las citas; pero en el mejor orden que me sea dable y sin novelas ni fantasías, procurando ecuanimidad, pues creo con Fuentes Mares, que México ha de valer para la Historia no tanto por lo que ha sido, sino por lo que ha de ser.

El 22 de septiembre —seis días después del levantamiento de Hidalgo— don Félix María Calleja, Subinspector Militar de las provincias Internas de Oriente, que eran: Coahuila, el Nuevo Reyno de León, la Colonia de Nuevo Santander (hoy Tamaulipas) y Texas hasta la frontera con los Estados Unidos; informaba el señor Calleja a los gobernadores de ellas haber “estallado una revolución con señales de terrible trascendencia”. Al del Nuevo Reyno de León, don Manuel Santa María, le llegó el aviso el 29 del mismo septiembre, con la orden de hacer marchar violentamente a San Luis Potosí, donde el subinspector se hallaba organizando fuerte columna, la parte que pudiera de la tropa y oficiales de la Compañía Volante de Lampazos y 250 milicianos que se tenían destinados a Texas, reemplazándolos con milicianos de nuevo ingreso para el resguardo de la Provincia.

Era este Santa María hijo de un sevillano que había peleado contra los franceses en la Isla Española. Ya en 1809 servía como Sargento Mayor del

Regimiento Provincial de Dragones de San Carlos, cuartel en Real de Catorce, con 25 años de servicios a la Corona. Creyéndose merecedor de más altos puestos reclamó y le fue confiado, para su mal según veremos después, el gobierno de la provincia del Nuevo Reyno de León el 26 de abril de 1810. Alarmado al saber de la revuelta, supuso con buen juicio que no tardaría en llegar a estas tierras y contestó a Calleja con evasivas para ganar tiempo. Mandó que viniera de Lampazos don Juan Ignacio Ramón con parte de su compañía y que don Bruno Barrera fuera a Saltillo, donde había feria, a recoger a los oficiales y soldados que por allá andaban francos. Era a mediados de octubre y no salían todavía las tropas pedidas por Calleja. Reclama éste la tardanza y Santa María, alentado con la falsa noticia que por esos días le llegara de Coahuila, de que los insurgentes habían sido derrotados en Buenavista, y por un reciente acuerdo con los gobernadores vecinos para auxiliarse mutuamente, resolvió enviar 200 hombres a San Luis al mando del segundo comandante don Pedro Herrera, nombrando para sustituir a éste, al señor Ramón. “Desde aquel momento —precisa David Alberto Cossío— las mejores fuerzas del Nuevo Reyno de León quedaron subordinadas al antiguo Capitán de la Villa de San Juan Bautista de Horcasitas y Punta de Lampazos”.

Al cuidado de éste y de don Antonio de la Garza y Guerra, Alcalde de Monterrey, dejó el gobernador la ciudad y se ausentó sin decir a dónde iba. Santa María, que había sido siempre militar, se hallaba ya incómodo con las responsabilidades del mando civil en aquellas apuradas circunstancias, y dirigió una angustiosa comunicación al Virrey Venegas, a cuyas órdenes había militado, para que lo llevara nuevamente al servicio de las armas; y proponía para que lo sustituyera en el gobierno de la Provincia a don Juan Ignacio Ramón en quien, decía, “concurren laudables circunstancias... exactos y vastos conocimientos de estos países, mucho ascendiente sobre sus habitantes, y todo aquello necesario para el feliz desempeño...” (Ruego al lector notar que subrayo este detalle interesante de la recomendación de Santa María: “don Juan Ignacio Ramón tenía mucho ascendiente sobre los habitantes de estos países”, porque más tarde hemos de referirnos a la eficacia de su propaganda en favor de la Independencia, que fue prédica y ejemplo).

Pero Venegas no estaba para complacencias y dejó a Santa María bajo el peso de las responsabilidades que acá lo abrumaban. A mediados de noviembre supo Ramón que la Insurgencia venía arrollándolo todo y que después de ocupar San Luis Potosí llegaba ya a Matehuala, Charcas y Catorce. Preocupado por la ausencia del jefe, pidió al Ayuntamiento de Monterrey que reclamara urgentemente la presencia del gobernador y el auxilio económico del Cabildo Eclesiástico, y que exhortara al pueblo a la defensa de los hogares contra “las hordas tumultuarias” que, según los bandos del Virrey y

las proclamas de Calleja, venían destruyéndolo todo: vidas y haciendas, honras de mujeres y santuarios de templos. Vuelto el gobernador a su ínsula hizo que don Juan Ignacio, ascendido ya a coronel, marchara con tropas competentes a posesionarse de los pasos de Labradores y El Pílon (hoy Galeana y Montemorelos), mientras el coronel don Manuel Cordero, gobernador de Coahuila, se aprestaba en Agua Nueva con 2,000 soldados veteranos bien armados y municionados, a enfrentarse con los 8,000 bisoños mal pertrechados que avanzaban hacia el norte, capitaneados por el caudillo insurgente don Mariano Jiménez.

¿Quién era este Jiménez? Entre las muchas personas que se unieron a los insurgentes en Guanajuato después del percance de Granaditas se encontraba ese joven sujeto, ingeniero potosino egresado en 1804 de la Escuela de Minería de la ciudad de México y a la sazón ocupado en trabajos de su profesión. Ahí tuvo su primer contacto con la Insurgencia, con la que simpatizó tan hondamente, que resolvió dejarlo todo para entregarse a ella y se presentó al Padre Hidalgo ofreciéndole sus servicios. Este, profundo conocedor del corazón humano, con ojo certero descubrió dotes de mando en el joven profesional y lo autorizó para que organizara hasta 3000 combatientes, otorgándole el grado de coronel. Al arrojo y a los talentos de este flamante jefe, unidos a los del intrépido Allende, de Aldama y otros, se debió la victoria insurgente del Monte de las Cruces. Después de la derrota de Allende en Guanajuato, donde Jiménez evitó la consumación del desastre cubriéndole la retirada; viendo que Iriarte, con fuerza competente venía a reforzar a la columna insurgente, obtuvo permiso para intentar una empresa que tenía largamente meditada: venir a insurreccionar las Provincias Internas de Oriente. Ascendido entonces a Teniente General, comenzó a obrar por su propia inspiración aquel joven culto, bondadoso y de espíritu justiciero que imprimió al movimiento en esta región un sello de caballerosidad que le atrajo las voluntades. Y como más quería atraer que pelear, desde Matehuala destacó a varios de sus oficiales en misión de convencimiento, redactó proclamas, escribió cartas e hizo que sus ayudantes escribieran también durante quince días que allí permanecieron, explicando la justicia de la causa insurgente, los procedimientos civilizados que venían usando y la finalidad que perseguían; con lo que logró, entre otros triunfos, que se pronunciara el 22 de enero en San Antonio de Béjar de la Provincia de Texas el capitán don Juan Bautista Casas, aprehendiendo al gobernador don Simón Herrera y Leyva y al comandante militar don Manuel Salcedo; se aseguró Parras, Monclova y el presidio de Río Grande.

Uno de los oficiales de Jiménez, don Pedro Aranda, se dirigió por carta a don Juan Ignacio Ramón, a quien dejamos parapetado en Labradores en espera de "los tumultuarios". La carta de Aranda lo impresionó muy favo-

rablemente y quiso mayores explicaciones del propio general insurgente, y Jiménez no se hizo esperar. El 25 de diciembre le envió su Código revolucionario en el que decía: "el único móvil de nuestras operaciones es mantener independiente nuestro suelo, que ha sufrido los conflictos más apurados desde la pérdida de España".

Y, ya de jefe a jefe y de patriota a patriota le decía: "He manifestado a usted, señor comandante, las miras de la presente guerra, la cual, habrá penetrado usted, no se dirige a la Religión, pues somos católicos... no contra el rey, pues usted mira que el procurar la independencia con peligros de vidas y haciendas, es sólo por conservar este último retazo que le queda... no contra la Patria, pues lo que procuramos es que no corra la suerte de España, esto es, que no sea presa de Bonaparte; pues sólo así permanecerá intacta la fe de nuestros mayores", y termina invitándolo a servir las banderas de la Independencia, asegurándole que el hacerlo significaría para él, Jiménez, "una conquista de las más gloriosas de su expedición". Varias cartas le escribió Jiménez hablándole de la imposibilidad de resistir a fuerzas tan superiores que alentaban iguales sentimientos que el pueblo.

Pero entonces —se ocurre preguntar— ¿qué extraño género de independencia se pretendía lograr? ¿Independencia de quién, si no de España y de sus reyes, trescientos años opresores? No era nueva la idea de emancipación desde que en 1783 lograron la suya los Estados Unidos, con el reconocimiento de España; como no era nuevo el sentimiento de rebeldía de los pueblos oprimidos desde que la Francia del 93 sacudió al mundo con la decapitación de sus tiranos y la proclamación de los "Derechos del Hombre". Ya los españoles ricos de México habían pensado en alzarse con la tierra desconociendo a la metrópoli, aprovechando la bochornosa situación de la familia real en 1808, pero conservando para ellos solos todos los privilegios que les procuró la Conquista. Por su parte los criollos, desde Verdad y Talamantes y don Juan Aldama, hablaron de la soberanía del pueblo y de que los mandos deberían recaer en la nación criolla. Si al principio Hidalgo vitoreaba a Fernando VII es porque sabía —dice Bulnes— "que el pueblo de la Nueva España había sido educado durante tres siglos en el dogma de que no puede existir sociedad sin Dios, sin rey y sin adoración del rey, y la mentalidad de los pueblos no se cambia en un día". El rey, un rey mandria, "tan pequeño en lo moral como despreciable en lo político y militar", se hallaba entonces cautivo de Napoleón, y el pueblo español regaba su sangre en las calles de Madrid tratando inútilmente de expulsar al usurpador. Pero ya en su manifiesto de Guadalajara aclaraba Hidalgo el 6 de diciembre de 1810: "Cuando vuelvo la vista a todas las naciones del Universo, veo que los pueblos más civilizados como los franceses, quieren ser gobernados por franceses, los ingleses por ingleses..." Y dirigiéndose a los

españoles: "¿No sois vosotros los que hacéis alarde de haber derramado sangre por no admitir la dominación francesa?... el mismo derecho que los franceses tienen sobre vosotros es el que habéis tenido sobre nosotros, esto es, el de la fuerza..." Y más tarde confirmaría el gran Morelos (13 de sep. de 1811): "...Nuestro sistema sólo se encamina a que el gobierno político y militar que reside en los españoles, caiga en los criollos..." Pero Jiménez venía a establecer el primer contacto de la Revolución con las sencillas gentes de estas provincias y tenía que obrar con prudencia. Lo que Jiménez venía a propagar y que don Juan Ignacio Ramón, como buen criollo, comprendió desde luego, era la cancelación definitiva del régimen infamante de esclavitud, de exacciones y vejaciones a los nacidos en estas tierras de las que eran dueños por derecho natural; no más privilegios en fin, ni abusos de los españoles. Ideas que el Libertador concretó en su grito: "¡Muera el mal Gobierno!" y que el pueblo completó: "¡Y que mueran los gachupines!"

¿Y la Religión? ¿Por qué se decía amenazada la fe católica, tesoro inmanente que esta América llevaba en la esencia de su ser? Porque Napoleón I el descreído, el enemigo del Papado, el "Atila del Siglo" (así lo llamaba el virrey), el "Anticristo" (lo apellidaba el obispo), invasor de la España de allá, pretendía que la España de acá reconociera a un rey hecho por él mismo a su imagen y semejanza moral: su hermano José Napoleón. El virrey Lizana había ya recogido proclamas napoleónicas introducidas al país ocultamente y las había mandado quemar "por mano de verdugo, como corresponde", relacionando malévolamente la propaganda francesa con el movimiento de Hidalgo, "el afrancesado" que había traducido las comedias de Molière y las tragedias de Racine, y las había hecho representar en su casa de San Felipe, la llamada "Francia Chiquita".

Con tan bellas razones pintaba el general Jiménez el panorama político a los ojos azorados de don Juan Ignacio, y eran tan gratas las informaciones que le llegaban respecto de la forma caballerosa en que los insurgentes procedían, que se sintió ganado por aquella causa que sentía ser la suya propia; pero no quiso tomar partido sin avisar antes a su jefe y tratar de atraerlo. Escribió al gobernador enviándole las comunicaciones de Jiménez y diciéndole: "Parece increíble el sistema de estos hombres: al nativo del país en nada le faltan; al europeo que se presenta y justifica su honradez, no se le mueve... a los hombres buenos y calificados, no los recogen y sí los dejan con sus esposas e hijos, gozando sin quebranto de sus fincas y demás caudales que poseen..." Pero Santa María esperaba, esperaba el resultado del ya inminente encuentro del coronel Cordero con Jiménez en Agua Nueva. Don Juan Ignacio no quiso esperar más y le avisó que el 28 de diciembre marcharía a la guarda-rama de la Provincia a conferenciar con los insurgentes. Así lo hizo y con ellos se quedó.

La acción de Agua Nueva resultó chusca: apenas se enfrentaron las tropas de Jiménez con las del gobernador Cordero, abandonaron éstas a su jefe y se pasaron a la Insurgencia. Cordero logró escapar a pezuña de caballo y, sin detenerse en Saltillo, siguió hasta la hacienda de Mesillas donde fue aprehendido por el lego Villerías, y recogido después por el general Jiménez para ofrecerle seguridades, alojándolo en la casa que él mismo ocupaba en Saltillo. Santa María, desolado al enterarse de todo esto resolvió reconocer a la Insurgencia, y el 12 de enero licenció en El Pílon a la tropa que mandaba y regresó a Monterrey. Se ha dicho que Santa María pudo haberse ido a reunir con Iturbide en Tamaulipas, y que prefirió entregarse por simpatía que siempre tuvo a los criollos. Esto último no hay que ponerlo en duda, y no vamos a regatearle nuestro reconocimiento, más que todo por haber tenido el mismo trágico fin que los caudillos en cuyas manos puso su destino. Santa María, que era militar, desde que supo lo de Agua Nueva tuvo que comprender que todo estaba perdido para el virreinato en estas provincias, a corto o a largo plazo, como seguramente hubiera sido si no sucede lo imprevisto, lo inesperado, lo increíble. Lo que importa subrayar de su actitud es el gesto insólito en una revolución, de licenciar a la tropa antes de cambiar de bandera. Lo usual ha sido que los jefes arrastren consigo, sin explicación ni consulta a los oficiales subalternos y, naturalmente, también a los soldados para llegar al nuevo campo con elementos que les procuren un mejor acomodo. Por esa falta de consideración y respeto al derecho de todo ser humano —que también la carne de cañón es carne humana y es espíritu—; por ese atropello criminal a las convicciones y al libre albedrío, fuimos a veces llevados en nuestra Revolución Mexicana a pelear hermanos contra hermanos.

Jiménez se hallaba ya en Saltillo para el 8 de enero y mandó a Monterrey como emisarios suyos al brigadier Juan Bautista Carrasco y al coronel Ignacio Camargo, ante quienes se presentó Santa María, quedando como prisionero, y toda la ciudad se pronunció por la Insurgencia. A Monclova, entonces capital de Coahuila, mandó a don Pedro Aranda y a Tamaulipas a los coroneles Acevedo. El 17 del mismo mes de enero se hizo en Monterrey la proclamación de la Independencia de América con asistencia de los emisarios Camargo y Carrasco, del coronel don Juan Ignacio Ramón, de la tropa que había sido licenciada y de los vecinos, especialmente los humildes.

Entre tanto, en el Puente de Calderón sucedían cosas lamentables. La batalla del Puente de Calderón estuvo a punto de ser ganada por los insurgentes, a pesar de que Allende, director de la acción guerrera, permitió que Calleja reconociera sus posiciones la víspera de la acción, con la misma pasividad —dice Bulnes— con que una señora se deja examinar por su gine-

cólogo. Cuando los realistas se veían ya fatigados sin haber logrado abrir una brecha en la masa abrumadora de sus contrarios, una granada de Calleja estalló fatalmente en medio del parque de artillería insurgente provocando explosiones sucesivas e incendios, de modo que no fueron bastantes los esfuerzos del Padre Hidalgo y de los pocos oficiales instruidos que ahí se hallaban, para contener el pánico y la desbandada. La elección de aquel punto para el encuentro con Calleja había sido hecha por Hidalgo contra la opinión de otros altos jefes; y es de suponer que sin el percance de la granada fatídica, se le hubiera reconocido la elección del lugar como un acierto; pero perdida la acción sólo hubo un responsable, Hidalgo. De modo que al acampar en Pabellón las tropas derrotadas se impuso el criterio de los militares: Hidalgo no tendría más la dirección de la campaña y sólo se ocuparía de los asuntos políticos.

Pero en el norte andaba mejor la cosa. En Saltillo supo Jiménez que una columna al mando de don Manuel Ochoa venía de Durango a combatirlo, y se dispuso a esperarla en el puerto de Carneros. El 20 de ese enero tan fecundo en acontecimientos importantes, derrota a Ochoa en Carneros, regresa a Saltillo y para el 22 está en Monterrey, a donde llega como a país conquistado. Conquistado política, social y moralmente por la simpatía que derrama su trato amable y su proceder caballeroso. Y por cordillera envía de allí su propaganda revolucionaria a todos los pueblos de la provincia, a tiempo que por su propia cuenta hacía lo mismo don Juan Ignacio Ramón, atrayendo a sus amigos y a "los comandantes de tropa, subdelegados y personas visibles (notables) para que acudan a presentarse a su Excelencia (Jiménez) y manifestarle su adhesión". "Y como lo pidió Ramón —dice Cossío— durante los días que permaneció en Monterrey, no faltaron jefes de destacamentos y vecinos de nota que llegaron a rendir sus respetos al general". Lo que no es de extrañar porque, como hemos visto, el señor Ramón gozaba de magnífica reputación por su competencia y espíritu justiciero; era hombre de edad, serio y a quien generalmente se le reconocía autoridad moral. Jiménez dictó allí muchos indultos, mandó restituir a los españoles lo que se les había incautado, dejando muchas simpatías a su regreso a Saltillo a principios de febrero. El pueblo, que presentía que al fin iba a tener una patria, lo despidió llorando y llamándolo "Padre de los Humildes". ¡Qué distinto rumbo hubiera tomado la historia si los caudillos insurgentes hubieran podido, como Jiménez, hablar directamente a los criollos de la Nueva España! ¡Si Hidalgo y los suyos hubieran dispuesto de medios eficaces de comunicación, como los tuvieron para denigrarlos el Gobierno Virreinal y el alto clero español! Los bandos del virrey, los edictos y las excomuniones de los obispos, el púlpito y el confesonario impidieron que el ejército, com-

puesto en su inmensa mayoría de criollos y mestizos se pasaran a la Insurgencia, como lógicamente esperaba el Padre Hidalgo.

Antes de abandonar Monterrey, el general Jiménez encargó el gobierno a don Santiago Villarreal y se fue a esperar la llegada de los caudillos a Saltillo. Venían resueltos a marchar a Texas para organizar su ejército y proveerse de armas y parque en los Estados Unidos, convencidos como lo estuvo siempre Allende, de que con chusmas casi inermes no llegarían a triunfar sobre el ejército disciplinado y abastecido de Calleja. Don Juan Ignacio y el gobernador Santa María se hallaban ya en Saltillo a fines de enero. El generalísimo don Ignacio Allende llegó a Saltillo el 24 de febrero trayendo consigo desde Matehuala a la familia de Jiménez. El Padre Hidalgo llegó después. Era ahora una figura secundaria, un tanto desairado y otro poco resentido, como puede inferirse de sus declaraciones en el proceso que se le instruyó en Chihuahua, donde dijo que para aquellos días él venía con el ejército más bien como un prisionero. Aunque todavía en Saltillo tuvo oportunidad de imponer el prestigio de su talento y de su hombría, cuando Allende y los demás discutían en su ausencia, la contestación que habrían de dar a una invitación que el Virrey les hizo, de acogerse al indulto en las aciagas circunstancias a que se veía reducida la causa insurgente. Hidalgo, que casualmente llegó a la reunión, con el mismo aplomo que en Dolores atajó las vacilaciones de los militares comprometidos diciéndoles: "no hay más remedio señores, que ir a coger gachupines", dictó la siguiente contestación al virrey: "El indulto, señor excelentísimo, es para los criminales, no para los defensores de la patria".

Santa María quedó incorporado al ejército con el grado de mariscal, y don Juan Ignacio Ramón fue ascendido a brigadier. Y aquí asoma su máscara grotesca la tragedia. Parece cosa fatal que las causas santas han de tener sus iluminados, sus apóstoles, sus judas y su calvario. Surgen aquí dos cuestiones muy interesantes: primera, ¿fue una traición o sólo pudo ser una emboscada, la de Baján? y segunda: ¿Es históricamente correcto el nombre "Los Ramón" que ostenta un Municipio de nuestro Estado, o debería llamarse "Juan Ignacio Ramón"?

II

En Monclova, con carácter de Gobernador de Coahuila residía, como hemos dicho, nuestro conocido don Pedro Aranda, el primero que se dirigió a don Juan Ignacio en plan de seducción. Era éste un viejo bondadoso y campirano, algo dado a la paseada. Había mandado quitar los grillos a los

prisioneros Salcedo y Herrera y Leiva que le remitió Casas de Béjar, y les permitió que residieran con la ciudad por cárcel en la cercana población de Santa Rosa (hoy Múzquiz). Y en Monclova tuvo el desacierto de nombrar comandante de armas a un oficial desconocido, José Rábago, y permitió además que continuara en su puesto de administrador de tabacos un realista convencido, José Flores.

Cuando el coronel Cordero, abandonado por sus tropas en Agua Nueva, pasó huyendo por Saltillo, el tesorero de la Caja Real, don Manuel Royuela —español peninsular— huyó también y fue aprehendido en Río Grande cuando se dirigía a la provincia de Texas tratando de salvar los caudales, que al fin le fueron quitados. Royuela, reducido a prisión, donde decía hallarse muy agobiado por el abandono en que había dejado a su familia, recibió un día la visita de un antiguo conocido suyo, rancharo rico que había estado vendiendo caballada a la tropa realista y a quien el tesorero había hecho varios pagos con ese motivo. Dolido de la situación penosa en que se encontraba Royuela, lo auxilió y le dio muestras de amistad. Era este rancharo el dueño de las haciendas del Alamo y Santa Rosa, antiguo comandante de la Compañía Volante de Pesquería y nativo del Valle de Salinas, el célebre don Francisco Ignacio Elizondo, el de la triste celebridad de Poncio Pilatos, si no la negra celebridad del Iscariote. De su trato frecuente con el tesorero surgió la confianza de Elizondo, de haber tenido ciertas diferencias con el gobernador Aranda y el intento apenas esbozado, de aprehenderlo para entregarlo al Virrey. Royuela entonces le amplía los horizontes: ¿Por qué no aprehender de una vez y entregar a los caudillos, que a la sazón se disponen a pasar todos juntos por Monclova rumbo a Texas? Se sabía que Béjar había sido recuperado para el virreinato por el subdiácono José Manuel Zambrano; además, el virrey tenía ofrecidos 10,000.00 pesos por cada una de las cabezas de los caudillos principales y 5,000.00 por los de segunda categoría; y Calleja se había apresurado a difundir por estas provincias la oferta tentadora. Desde entonces se incubó la contra-revolución.

El bueno de Aranda, después de recoger los caudales que custodiaba Royuela, le permitió pasar su cautiverio en el poblado de Santa Rosa, en compañía de los prisioneros de Texas Salcedo y Herrera y Leyva. Así pudieron, movidos todos por Elizondo que iba libremente de un lugar a otro, a espaldas de Aranda, conspirar en Santa Rosa los prisioneros y en Monclova Rábago, Flores y el capitán sonoreense Ramón Díaz Bustamante, "El Capitán Colorado" que después había de reclamar para sí la sucia gloria de haber sido quien aconsejó a Elizondo. Y como éstos estaban en el nuevo gobierno, mantenían a los demás al tanto de los movimientos de la Insurgencia, de modo que pudieron elaborar con todos sus detalles un plan tan pérfido como inteligente y audaz. A Saltillo fueron destacados dos espías muy hábiles,

Sebastián Rodríguez y el militar mercenario Felipe Enrique Neri, que se hacía llamar barón Bastrop, procedente de las filas de Federico el Grande y con relaciones en los Estados Unidos. Estos espías, que lograron ganarse la confianza de los caudillos, asistían como consejeros a sus juntas y tenían informado a Elizondo de las resoluciones que se tomaban. De modo que desde que los jefes —sin asistencia de Hidalgo— resolvieron emprender la marcha, Elizondo supo que la columna salía de Saltillo el 16 de marzo encabezada por los caudillos y demás jefes principales, incluido el brigadier don Juan Ignacio Ramón y el mariscal don Manuel Santa María, con 3,500 hombres, 22 cañones, más de 200 mulas de carga con cinco millones de pesos en monedas y barras de plata y muchos coches y carros con impedimenta; quedándose, como se dijo ya, en Saltillo, don Ignacio López Rayón con el resto del ejército. Al día siguiente, 17 de marzo, mandó Elizondo que unos oficiales de los comprometidos organizaran en Monclova un "gallo" nocturno al que invitaron al Gobernador Aranda, y allí lo sorprendieron y lo redujeron a prisión. —Felonía que un siglo más tarde inspirara a Victoriano Huerta para aprehender y entregar al tormento y a la muerte a don Gustavo Madero, durante un banquete que el mismo Huerta le ofreció—. En seguida envió Elizondo a un oficial de su confianza, José María Uranga, dizque de parte del gobernador Aranda, para avisar a Jiménez que salía a Baján a esperarlos para auxiliarlos y acompañarlos a Monclova.

La marcha a través del desierto coahuilense sin forrajes, sin agua, cegada de antemano por los hombres de Elizondo la noria de Agua Nueva, fue sumamente penosa para hombres y acémilas. El día 20, después de una jornada de catorce leguas, empieza a llegar la columna, famélica y sedienta al rancho de La Joya, donde se encuentra la noria llena de piedras. Elizondo, situado ya en las Norias de Baján con gente armada de Monclova a sólo cuatro leguas y cuarto de La Joya, envió uno de sus oficiales, esta vez Pedro Bernal, con carta de Uranga para el general Jiménez, ratificándole las "seguridades" que había. En realidad para que llevara noticia de las deplorables condiciones en que venía la columna y para inspirar mayor confianza. ¿Cómo recuerda esta felonía la noche negra de Tlaxcalantongo! Y en verdad, el tal Bernal supo desempeñarse: "A pregunta que se le hizo sobre Elizondo, contestó que no lo conocía; interrogado sobre Aranda, el gobernador ya preso, contestó que venía con ellos y que ese día saldría a encontrar a Su Excelencia; pedidos informes acerca de la actitud de los españoles del rumbo, dijo que no sabía más sino que se les esperaba con las calles adornadas, con arcos y con gente desde la orilla hasta la iglesia".

—“¿Y cómo estamos de agua? Pregunta Jiménez?”

—“Hay poca y Vuestra Excelencia trae mucha gente. Sería bueno que los coches y las personas principales se fueran adelanté para que tomaran

la primera agua; así, cuando llegue la tropa, los atajos y los avíos, ya Su Excelencia y los señores habrán hasta descansado. De esta manera podrá haber agua para toda la gente y los caballos, pues llegando todos de un golpe no toman agua en todo el día".

—“Pues bien, así lo haremos”.

Y despidiéndose Bernal, tornó rápido al campo realista a dar a su amo la feliz noticia.

Como se dijo se hizo. Es decir que no fue el generalísimo Allende, jefe supremo militar y responsable de la seguridad de la columna, ni Jiménez, su teniente general: sino Elizondo, el enemigo oculto, tortuoso y desalmado, quien dispuso la forma en que deberían marchar para mejor entregarse en detalle, con las tropas y los cañones a retaguardia, casi sin escoltas, sin avanzadas, sin cubre-flancos... El 21 de marzo en la mañana se reanuda la marcha. Van delante los coches conduciendo a los jefes, a las familias y algunos religiosos que los acompañan. “En los carruajes y sobre sus cabalgaduras, los hombres y mujeres, con las caras mustias y los labios resecos, dormitan o callan”.

Elizondo con el grueso de su gente, y una buena ración de lazos que servirán para amarrar a los prisioneros, los espera en Las Norias detrás de una pequeña colina, dejando algunos soldados en línea desplegada en un recodo del camino, a manera de valla militar para hacer honores. Van llegando los coches uno a uno: los primeros con mujeres y religiosos que son amarrados sin resistencia y sin ruido y enviados al cercano paraje de Baján. En el coche que llega en quinto lugar (coche grande seguramente) vienen Allende, Jiménez, Arias, Juan Ignacio Ramón, un hijo de Allende y una señora. Al darse cuenta Elizondo de quiénes eran, porque se lo dice un oficial prisionero de quien se había hecho acompañar, ordena que los rodeen y los intima a rendición; pero Allende, siempre impetuoso, exclama: “¡Eso no, yo no me rindo, prefiero morir!” a tiempo que echa mano a su pistola y dispara sin acertar. Contesta una descarga de los hombres de Elizondo sobre el coche, de la que resulta muerto el jovencito Indalecio Allende, hijo del caudillo. Don Juan Arias pretende hacer uso de sus armas y es herido en una cadera. La intervención prudente del señor Ramón hace comprender a los otros que toda resistencia es inútil, y van bajando uno a uno. Ya nadie se defiende y, amarrados como los anteriores, son despachados a pie a Baján mientras el coche sigue adelante con el muerto y el herido. En el coche siguiente vienen, triunfantes, los espías Rodríguez y Bastrop. Siguen cinco coches más y a poco se acerca el que ocuparía el señor Hidalgo, pero sólo vienen en él cuatro personas desconocidas. El cura se había bajado poco antes del coche y viene montando un caballo prieto, seguido de cuarenta hombres también montados. Elizondo le hace un saludo, lo deja pasar y lo sigue,

y cuando está ya para rebasar la tropa estacionada al mando de los Flores (José y su hijo Vicente), le marca el alto. Hidalgo hace ademán de sacar su pistola, pero Vicente lo detiene diciéndole: “Si piensa usted hacer armas estará perdido porque la tropa hará fuego y acabará con todos ustedes”. El cura, un padre que lo acompañaba y sus sirvientes, desarmados pero no amarrados, quedan al cuidado de Flores, de Rábago y de doce soldados. La escolta es también desarmada. En el último coche viene Santa María con otros jefes. Luego van llegando pelotones de soldados que son, así mismo, sorprendidos y amarrados. Al final vienen los cañones que hicieron poca resistencia porque no hubo tropa que los apoyara. El grueso de la columna venía a retaguardia al mando del general Iriarte y al darse cuenta del desastre, vuelve grupas sin combatir, dejando a los jefes en manos del enemigo. (Este Iriarte se había hecho sospechoso a los ojos de Allende por ciertas maniobras de que tuvo noticia, y cuando en la junta de guerra efectuada en Saltillo en vísperas de la marcha de la columna al norte, se trató de designar al jefe que habría de quedar al frente de lo que atrás quedaba de la Insurgencia, Iriarte declinó el honor. Lo mismo hizo Abasolo, sólo López Rayón tuvo la entereza de aceptar la grave responsabilidad de recoger la bandera de la insurrección, para entretener al ejército virreynal mientras los suyos reparaban sus quebrantadas fuerzas en la Texas lejana, y volvían con elementos de guerra suficientes. Se sabe que el generalísimo Allende, al despedirse de Rayón y hacerle sus recomendaciones, siempre receloso de Iriarte a quien, a pesar de todo, se le confiaba la seguridad de la columna, previno a Rayón que si Iriarte regresaba a Saltillo, lo hiciera fusilar. Y la orden fue cumplida antes de que Rayón emprendiera su retirada heroica asediado por enemigos, hasta llegar con los pocos hombres que le siguieron hasta el centro del país, su antigua base de operaciones, donde volvió a reanudar la lucha.

Ochocientos noventa prisioneros, todos los cañones y gran número de fusiles y lanzas, cargas de pólvora, carruajes, carros con impedimenta, mulas, caballos y toda la plata. Tal fue el botín, fruto espléndido del crimen calificado y perfecto, preparado con admirable precisión y ejecutado con inteligente arrojo; cualidades de las que Elizondo nunca había dado ni volvió a dar pruebas, contra víctimas que se entregan por exceso de confianza, en manos de farsantes. “La traición de Elizondo”, condena desde entonces la voz del pueblo y muchos historiadores desde don Carlos María Bustamante, contemporáneo suyo aunque no testigo de los hechos; “La emboscada de Baján”, la llama Vito Alessio Robles, no la traición, porque asegura que Elizondo nunca perteneció a la Insurgencia y, si la combatió, fue por motivos personales y por simpatía al régimen virreynal. La versión de que pretendió de Allende un alto grado en el ejército cae por tierra al saberse que no

conocía a ninguno de los caudillos y por eso se hizo acompañar, al asaltarlos, por un prisionero que le iba diciendo quiénes eran, a medida que llegaban. Y el acucioso historiador don Luis Castillo Ledón, de quien he venido valiéndome para relatar gran parte de este pasaje, en su obra monumental *Hidalgo, la vida del Héroe*, dice respecto de Elizondo: "no era una traición la suya porque nunca estuvo en el bando de la Insurgencia, y no hizo sino servir al partido a que había servido siempre". Algunos historiadores atribuyen al obispo Marín de Porras el haber dado a Elizondo el consejo de aprehender a los caudillos insurgentes a su paso por Monclova. Versión que refiere el benemérito y sabio historiador don José Eleuterio González (Gonzalitos), y que dice haberla recogido de labios de un hermano de Elizondo. Este punto ha sido muy debatido, a veces con más pasión que espíritu analítico. Sin poner en duda, naturalmente, la veracidad del doctor Gonzalitos, se ocurre pensar en el deseo del hermano de Elizondo, de atenuar la culpabilidad de su deudo, creyente y obediente sumiso, presionado por el fuerte ascendiente de un alto dignatario de la Iglesia. Aunque, a decir verdad, el buen éxito de la acción de Baján no estriba en la sola idea de apoderarse de los caudillos a su paso por Monclova, que sería en su caso, lo único que pudo haber aconsejado el obispo; sino en la elaboración del complicado e inteligente plan y, sobre todo, en su maravillosa ejecución que no pueden lógicamente atribuirse a la dudosa agudeza mental de Elizondo, antes bien al gachupín Royuela, a los experimentados espías: el llamado "barón Bastrop y al mercenario Neri; y a los criollos veteranos en la política y en las armas Herrera y Leyva y "El Capitán Colorado" Díaz Bustamante, quien se jactaba de ser el autor de la idea. La misma pretensión hizo valer Royuela y ambos fueron premiados en diversas formas.

Sea de ello lo que fuere, lo que no admite discusión es que Elizondo aconsejado por Royuela, por el obispo, por el "Colorado" o por el Diablo Cojuelo, era ya suficientemente crecido (pasaría de los 50), y pudo discernir y obrar bajo su propia responsabilidad. Y es indudable también que en Monclova mostró inaudita crueldad con los prisioneros haciendo poner grillos al venerable Hidalgo y a los demás jefes, fusilando muchos oficiales, repartiendo "encomiendas" de soldados rendidos para que trabajaran como esclavos en las haciendas cercanas, y encerrando durante varios días en las estrechas bartolinas de la cárcel de Monclova, en las que escasamente cabrían cien personas, a gran parte de las ochocientas que aprehendió en Baján.

Por gentileza del distinguido historiador, Profr. Israel Cavazos Garza, tuvimos a la vista un oficio suscrito por la viuda de don Juan Ignacio, en que implora humildemente al gobernador realista en turno, que no se le despoje de la casa que habita por ser ésta y una hija, lo único que le dejó

su esposo después de haber dedicado casi toda su vida al servicio del gobierno virreinal. Ignoramos el resultado de esa gestión, pero como del árbol caído todos hacen leña, nuestro conocido don Ignacio Elizondo se dirigió a su vez a don Juan Castañeda, alcalde de Lampazos, pidiéndole que recogiera de la viuda de su antiguo amigo y compañero don Juan Ignacio, un macho prieto y una pequeña cantidad que le había quedado debiendo el que días antes fuera sacrificado por obra y gracia de las maniobras del propio Elizondo. Es así mismo indudable que más tarde, en 1813, trasladado a Texas con el grado de teniente coronel, tras de haber sido derrotado en "El Alazán" por don Bernardo Gutiérrez de Lara, de donde huyó hacia Laredo con sólo 60 de los 2,000 hombres con que contaba; como a manera de revancha hizo asesinar a 74 dispersos de la acción de río Medina que le fue favorable. Fue tan repugnante la carnicería que uno de sus tenientes, horrorizado y enloquecido, lo acribilló a puñaladas. "El que a hierro mata..."

Así acabaron también Manuel Salcedo y Simón Herrera y Leyva quienes, tratados gentilmente por Aranda cuando le fueron enviados con grillos desde Texas, según hemos dicho, correspondieron colaborando con Elizondo. En efecto la noticia nos llega por un bando del Gobernador del Nuevo Reyno, don Joaquín Arredondo, de fecha 5 de octubre de 1814, en el que se exhorta a los habitantes de la provincia a denunciar o aprehender "al infame Pedro Prado, soldado desertor de la compañía volante de Parras que, según se sabe, se ha introducido en esta capital después de cometer la inicua acción de degollar a los señores Simón Herrera y Leyva y Manuel Salcedo".

En Monterrey, hemos visto, había quedado como gobernador, desde la visita de Jiménez don Santiago Villarreal; pero una vez aniquilada la Insurgencia, según se creyó después de lo de Baján, el 2 de abril se pronunció el ayuntamiento y nombró una junta gobernadora que fue reconocida por el virrey, la que ordenó que fueran dados de baja: don Juan Ignacio Ramón con fecha 31 de diciembre de 1810, y don Manuel Santa María desde el doce de enero del once. "...Y respecto a los soldados de la Punta (la Punta de Lampazos) que sirvieron a las banderas enemigas... dar cuenta al Sr. General del Ejército de Operaciones". Y el 4 de diciembre de 1811 se reclama a la autoridad de Lampazos "La tardanza con que se ha procedido al secuestro y embargo de los bienes del insurgente Juan Ignacio Ramón, Capitán Graduado de la Compañía de la Punta".

Como se ve, con don Juan Ignacio abrazaron la causa insurgente algunos de sus subordinados lampacenses, entre ellos su hermano, el capitán don Buenaventura, también aprehendido en Baján, conducido a Chihuahua y ejecutado como los otros jefes. Pero no hace mucho que surgió la duda de si el teniente Ventura Ramón que combatió a los insurgentes del patriota José Herrera en un punto cercano a Cerralvo llamado "La Chorreada", dos

años después de los fusilamientos de Chihuahua, sería el hermano de don Juan Ignacio, agazapado tal vez a la hora de las grandes decisiones. Y de ser así, habría que rectificar el nombre del municipio de Los Ramón sustituyéndolo por el de Juan Ignacio Ramón. Procurando aclarar los hechos ante el peligro de que se cometiera una injusticia, nos dirigimos a Chihuahua en solicitud de información auténtica, tomada de las constancias procesales del juicio instruido a los prisioneros de Baján. Y el presidente de la Sociedad de Historia de aquella capital hermana gentilmente contestó que, aunque los archivos de aquellos procesos desaparecieron hace años en un incendio que destruyó el palacio de gobierno donde se guardaban, él estaba en posesión del siguiente dato fehaciente relativo a la pregunta: "Después del 27 de junio de (1811) en que cayeron el abogado don José María Chico y el intendente Ignacio Solís, fueron fusilados los capitanes Trinidad Pérez y Ventura Ramón". Información ésta que coincide, palabra por palabra, con la que el historiador Sánchez Jiménez consigna en su obra *Hidalgo, Antorcha de Eternidad*. Queda, pues, aclarado que el antiguo Valle de los Ramones llamado Villa de los Ramón desde el 30 de octubre de 1912, es históricamente bien llamado porque honra a los dos hermanos, don Juan Ignacio y don Buenaventura, héroes y mártires de nuestra Independencia.

Volviendo a nuestras prisiones de Baján, fueron conducidos bajo la vigilancia de Manuel Salcedo hasta Chihuahua y puestos a disposición de don Nemesio, padre de Manuel y Gobernador General de las Provincias. (Ocho o diez de los religiosos aprehendidos fueron enviados a Durango, sede de la mitra a que pertenecían, y allá fueron degradados y fusilados). "Veinticuatro largos días de jornada a lomo de mula bajo el ardiente sol primaveral y durante las noches bajo la fría lluvia o el sereno maligno", mal abrigados, mal comidos, llagados por los grillos y sufriendo humillaciones y burlas de sus custodios... y todo para ser al fin afrentados con procesos inicuos y sacrificados bajo el estigma de traidores. El 16 de julio de 1811 fue fusilado don Juan Ignacio Ramón, en compañía del mariscal don Nicolás Zapata, del coronel Santos Villa, del tesorero Mariano Hidalgo, hermano del cura de Dolores y del mayor de plaza Pedro León. Así pagaron con sus vidas, su honra y sus bienes, el delito de crear para nosotros una conciencia, la de ser libres; y una patria, la Patria Mexicana.

Don Juan Ignacio Ramón no fue, como Allende, el rayo centellante de la Revolución de Independencia; no fue como el Padre Hidalgo un iluminado que arrastró a su paso a las masas populares con la fascinación de su espíritu luminoso, con la elocuencia de su palabra, la seducción de su bondad y su prestigio de sacerdote, de maestro y de sabio. Si algo en común tuvo don Juan Ignacio con alguno de los caudillos fue, aunque con menos brillo, con don Mariano Jiménez, el Ballardo mexicano sin miedo y sin ta-

cha con quien se sintió identificado desde el primer contacto. Ambos eran civilizados en sus procedimientos, leales y rectos por temperamento y por educación. Modesto y serio, medianamente instruido y capaz, don Juan Ignacio gozaba de generales simpatías en la región y por eso el gobernador Santa María lo recomendaba al virrey —como ya dijimos— para que asumiera el puesto de gobernador que el propio Santa María quería dejar. De modo que el hecho de dar su decidido aval a la causa insurgente, tenía que traducirse en aceptación popular de sus postulados. Había pasado su juventud en constante guerra con los indios, para que fuera posible la vida social y el progreso de estas provincias, y cuando hubo alcanzado, en la madurez de su edad, una posición honrosa y prometedor, lo deja todo para seguir la aventura que le ha hecho vislumbrar un amanecer de libertad para su país. Tal vez no llegó a cruzar su espada con los que se obstinaban en seguir siendo esclavos; no hubo quizá ocasión de que sus manos derramaran sangre hermana; ¡Cuánto mejor! Derramó sí, su influencia de hombre distinguido y el contagio de su fe en la bondad de la nueva causa. Al influjo de su palabra y de su ejemplo apretáronse las filas insurgentes con reclutas que llegaban de toda la provincia a alinearse bajo las banderas de Jiménez, y con soldados veteranos que abandonaban al virrey a la hora de los encuentros.

Me aventuro a creer que si la Insurgencia no encontró enemigo qué combatir en este Nuevo Reino, ello se debió principalmente al señor Ramón. No fue la suya una actuación guerrera, sino una misión apostólica, así la califica el doctor Gonzalitos. Y murió como mártir, limpiamente, sin haber profanado las páginas blancas de su vida con manchas de debilidades humanas. Si para merecer la gratitud nacional bastó al licenciado Verdad y Ramos lanzar valientemente una idea y morir por ella, don Juan Ignacio y don Ventura Ramón de Burgos conquistaron así mismo un lugar modesto pero digno, entre los que tuvieron el privilegio de morir por la Patria.

Don Ventura Antonio Parra Parra era natural de la villa de Llaneta, en el Páramo de Antillas. Tuvo Guadalupe Ballarín como esposa y una hija de "participada" llamada doña Rosa.

La formación de la personalidad del Sr. Parra Parra se vio desde la infancia de su padre, en dos aspectos principales: el amor a la cultura y una actitud positiva ante los problemas de la comunidad.

De la preocupación de don Ventura Antonio Parra Parra por la educación de los niños queda constancia en el archivo oficial. En solicitud de "carta de impugna de sangre" anexa: "Proximamente estoy para volver a mi hijo con el Sr. D. José Lanza de la Cruz, Ballarín, en la carrera de estudios